

40

poemas de

JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD

CON MOTIVO DE SU LECTURA EN EL CICLO
«MAESTROS X MAESTROS DE LA POESÍA CONTEMPORÁNEA»
CELEBRADA EL 19 DE ENERO DE 2011
EN LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES



ÍNDICE

5	Versículo del Génesis
7	Alquimia de la cerámica
8	Cloto
9	Diario reencuentro
10	Otra vez en lo oscuro
12	El registro
14	Hilo de Ariadna
17	Víspera de la depresión
18	Hoy no
19	Renuevo de un ciclo alejandrino
22	Meditación en Ada-Kaleh
24	Guárdate de Leteo
26	Crónica de Indias
28	La botella vacía se parece a mi alma
29	Super flumina Babylonis
30	Medborgarplatsen
31	Lima de piedra
32	Capvespre a Lluch-Alcari
33	Biblioteca particular
34	Acerca de un derribo
35	Cotejo de fuentes
37	Memorial
39	Nocturno con barcos
41	A modo de recompensa
42	Mestizaje
44	<i>Summa vitæ</i>
46	La clave venturosa de la vida
47	Atajo del tiempo
48	Campos de Castilla

49	Pasión de clandestino
51	Terror preventivo
52	Viajero de paso
53	Tiempo de los antídotos
54	Vivir mirándote
55	Desaprendizaje
56	Vía de sufi
58	El justo
59	De donde no se vuelve
61	Sombras le avisaron
62	<i>[Fragmento de un libro inédito]</i>
65	Nota biográfica

VERSÍCULO DEL GÉNESIS

Por las ventanas, por los ojos
de cerraduras y raíces,
por orificios y rendijas
y por debajo de las puertas,
entra la noche.

Entra la noche como un trueno
por las rompientes de la vida,
recorre salas de hospitales,
habitaciones de prostíbulos,
templos, alcobas, celdas, chozos,
y en los rincones de la boca
entra también la noche.

Entra la noche como un bulto
de mar vacío y de caverna,
se va esparciendo por los bordes
del alcohol y del insomnio,
lame las manos del enfermo
y el corazón de los cautivos,
y en la blancura de las páginas
entra también la noche.

Entra la noche como un vértigo
por la ciudad desprevenida,
rasga las sábanas más tristes,
repta detrás de los cobardes,
ciega la cal y los cuchillos,
y en el fragor de las palabras
entra también la noche.

Entra la noche como un grito
entre el silencio de los muros,
propaga espantos y vigalias,
late en lo hondo de las piedras,
abre sus últimos boquetes
entre los cuerpos que se aman,
y en el papel emborronado
entra también la noche.

(De *Las adivinaciones*, 1952)

ALQUIMIA DE LA CERÁMICA

En estas cavidades se amotina
la vida, bullen formas
naciendo. ¿No las sientes
pujar, surgir de súbito
entre volutas, ondas
concéntricas de asombro, rastros
de chorreantes combustiones?

Detente, caminante: asiste
a la transmutación sexual
de la materia, luciérnagas que fluyen
desde el caos al orden, sombras
que gesticulan, vociferan
por sus incandescentes rudimentos.

Objetos son de amor
estos reductos, diseminan
la luz y la reagrupan
mientras recobra el barro
la borrasca primaria de su fuego.
Ya está en vilo la vida: irrumpe
del fondo placentario de los hornos.

(De *Memorias de poco tiempo*, 1954)

CLOTO

Igual que Cloto, me hilo
la vida: yo
no me puedo equivocar. Los errores
los busco de antemano,
niveló mis memorias
y esperanzas. Metal
de implacable ley, fundo
mi fortaleza y mis pasos
en falso, equilibrio el botín
con la renuncia.

Sólo es verdad
lo que aún no conozco.

(De *Las horas muertas*, 1959)

DIARIO REENCUENTRO

Desde donde me vuelvo
a la pared, en medio de la noche,
desde donde estoy solo
cada noche, cautivo
bajo mi propia vigilancia, allí
me hallo según la fe que me fabrico
cada día.

Lavada está mi vida
en virtud de su asombro. Ayer, mañana,
viven juntos y fértiles, conforman
mi memoria conmigo.

Únicamente soy
mi libertad y mis palabras.

(De *Las horas muertas*, 1959)

OTRA VEZ EN LO OSCURO

A veces, en la turbia
galería del sueño, encendía
la luz y me quedaba
oyendo los ruidos
de la noche: el treno
de la ronda, el gotear
del grifo, la doméstica
respiración y como un vago
acicate de la vida
en la madera.

Trascendía
la casa a los durmientes
y todo era un recluso
depósito de miedo entre las sábanas.

Pedía de beber por no sentirme
solo, quizá por parecerme
al acecho de alguien,
porque el roce de un cuerpo
me desvelara de vivir.

Y otra vez en lo oscuro, iba
rastreado los pasos
de la calle, respiraba

el agrio hedor a cuero
del calzado reciente,
la sinuosa urdimbre
del almagre, el impreciso vaho
del tragaluz.

Dormía
vigilando las sombras,
la rebelión de gérmenes
del sueño, entumeciéndome
de fe, como esperando
desde el rincón de reo de mi infancia
que fuese libre para despertar.

(De *Pliegos de cordel*, 1963)

EL REGISTRO

No podía dormirme, oía
como un fragor de manos tanteando
en los cristales, como un advenimiento
furtivo de peligro. Al fondo
de la casa, en los arcones
que nadie registró, crujían
los papeles prohibidos, delataban
su oculta furia al borde
de la noche infantil, entrechocando
con las trémulas sábanas.

¿Todavía
vendrán, irán golpeando
con el fusil los muebles, la ceniza
de las últimas letras desterradas?
¿Vendrán ahora, cuando
ya no podemos encender
más que una sola luz
entre tanta invasión de andar a tientas?

Altas banderas, himnos
de victoriosos fraudes, confundían
sus odios con mi miedo, me marcaban
con no sé qué inminencia
de huérfana verdad.

¿Quién llamaba a las puertas, desatando
iras azules contra las reliquias
clandestinas del sueño,
contra el vituperable
delito de ser libre? (María,
Rafael, ¿estáis dormidos?)

Pero ya resonaban las pisadas
cerca del corredor, ya se sentían
llegar entre una fétida
bocanada de vino
fermentado y subrepticia pólvora.

Oh qué voraces grietas de madera
familiar destruida, qué iracundos
papeles borbotando a chorros
desde el brocal de los arcones.
(María, Rafael, que ya es la hora:
ya todo terminó, ya somos tiempo).

(De *Pliegos de cordel*, 1963)

HILO DE ARIADNA

Posiblemente es tarde, pero ¿cómo
poder atestiguarlo
mientras Hortensia canta y no se oye
más que su grito de musgosa
lascivia y alguien
habla con alguien de la conveniencia
de acostarse borracho?

De repente
se desató la cinta, hurgando
bajo el embozo de la lámpara
por su anhelante cuerpo,
y en el tenso del vientre vi
la cicatriz, no producida
sino por el rencor contra ella misma
con algún instrumento
preferentemente cortante.

Vaho de alcohólica música te empaña
el esmalte del rostro, Hortensia, dime,
¿hacemos algo aquí que nos impida
quedarnos juntos
hasta que no sea tarde?

En vano
hubiese preferido desasirme, cegarme
en la borrasca, no mirar. Cuerpo feroz

y sin embargo exangüe, desplazaba
sus ya finales contorsiones
al borde de la pista. En vano
hubiese sido huir y no
por reencontrarnos. Pechos
como luciérnagas, tenues, vibrantes
por las cumbres no lácteas, ¿quién
iba a atreverse a interrumpir
su equidistante enemistad, desnudos
como estarían luego en el sopor
del trópico?

Hortensia, amor mío,
nadie te va a arrastrar si tú no quieres
desesperadamente que lo haga.

Playa de Naxos, la mayor
de las Cícladas, ya a lo lejos
reverberando entre los barracones
del batey y el bullicioso verde
del manglar, difusa ahora
entre otros raudos turnos litorales
donde ni tú ni yo nos conocíamos.
Abandonada por Teseo, ¿ibas
a despeñarte tú, rebelde por instinto
como tu padre negro apaleado
en Key West, Florida?

Si pudiera
reconstruir un solo

rincón de aquella playa
sin salida posible, si pudiera
volver al sitio aquel, reconocer
la cerrazón de la cabaña, andar
a tientas hasta el último
recodo del silencio, ¿oíría
algo distinto a la fricción
de unas piernas con otras, al barrunto
de alguien aproximándose
en lo oscuro? ¿Vería
aún desde allí, ya en el terrado
de Sanlúcar, asiéndome
al parteluz de la ventana, el bulto
azul de los faluchos y, más cerca,
la agitación de las fogatas
que encendían los sigilosos areneros?

Imágenes sin ojos pasan
con más tenacidad que el giro
extenuante del recuerdo. Hortensia,
hija de Minos, no
es tarde todavía, ven, veloces
son las noches que hemos vivido ya:
aún estamos a tiempo
de no querer salir del laberinto.

(De *Descrédito del héroe*, 1977)

VÍSPERA DE LA DEPRESIÓN

Contra mí está la noche, están
las hostiles sentencias
de la noche, su cerrazón,
su lamedal, sus extramuros
de alcohol y de incuria
y de calambre.

Entré en la luz
como en un túnel, recorrí
las viscosas lucernas, el declive
más lívido del sexo, la neblina
tenaz de la obsidiana,
hasta caer,
caer
encima del gran vértigo
tentacular donde nunca amanece.

Porque logré sobrevivir lo escribo.

(De *Descrédito del héroe*, 1977)

HOY NO

Comparto con la noche su premura
de tiempo, ese impaciente tránsito
circular de la sombra
que de otra sombra es víspera
o esa morosa voluntad de amarte
a partir de mañana, cuando
como a la luz te haya perdido
y sólo quede un último
plazo para esperarte
en la fugacidad del día siguiente.

(De *Descrédito del héroe*, 1977)

RENUEVO DE UN CICLO ALEJANDRINO

Por los feudos del río
Guadalete, ya en las cercas
de espinos del cañaveral
del Charco, aún subsisten
los ruinosos porches de una casa
de postas convertida
hoy en mesón, equívoco refugio
de yunteros y gente
trashumante. Todos buscan
allí lo que no falta nunca: el mal
vino del pago de Aznalcóllar
y la inerte muchacha
que vende al transeúnte su miseria.

En el pino terrado alquilan
unas sucias yacijas, separadas
por trémulos tabiques de latón
y arpillera. Y entre un denso
vaho de mazorcas y un hedor
inconsolable a cama, yace
la mercancía repartida
en dos bultos iguales de letargo
esperando que suba el comprador.

Desde el cubil se oyen
pasar a los que vuelven de la tala
o van de anochecida a rebuscar
espárragos. Llegan las voces
de Joaquín, el de los pies
ligeros, y de Onofre, hábil
en el manejo de la hoz, y de Ana,
la de ojos de novilla, y de Miguel,
domador de caballos. Todos
acuden al señuelo de los porches
antes de vadear las aguas
del Escamandro azul, del Guadalete
de envinados reflejos, fijos
los ojos en las cóncavas
manos, como abrumados todavía
por la insaciable cólera
del investido de poderes.

Y aquella única vez
hasta el sórdido cuarto descendió,
semejante a la noche, Constantino
Cavafis, el secreto hijo
de Calímaco, repitiendo
desde un lúbrico fondo de algodón
y sangre, estas aladas palabras:
en todo el universo destruiste

cuanto has destruido
en esta angosta esquina de la tierra.

Gestión de simulacros
es la verdad vivida: breve
como la fraudulenta desnudez
de la carne, centellea en lo oscuro
el tálamo de Ítaca, ya lejos
la taciturna orilla de Aznalcóllar.

Mas no por rehacer impunemente
la infracción de una historia, impuso
al maltratado cuerpo su sentencia
el implacable oráculo, sino
por rescatar el heroísmo
de una epopeya oculta en un tugurio,
pérfido rastro de sustituciones
que ahora acude
y permanece en el poema.

(De *Descrédito del héroe*, 1977)

MEDITACIONES DE ADA-KALEH

Vana interrogación la del que llega
al Danubio a deshora y busca
la memorable isla donde
otro exilio más cruel que el del oprobio
purgara Garcilaso.

 Allí las aguas
con un manso ruido, en derredor
ni una sola pisada, fingen
aceros entre sordas
escaramuzas de la nieve y una rama
de marchito laurel navega
inconmovible hacia ningún destino,
mientras la noche es cárcel
y duro campo de batalla el lecho.

La seducción que la memoria adeuda
a una lectura justa
en tiempos de desorden, torna
a recobrar su apego
frente a esta orilla de arrasadas
églogas donde,
preso y forzado y solo,
el poeta a la vida imputara
la recompensa hostil de su heroísmo.

Mas la isla no es ya
sino un rastro ilusorio en medio
del furtivo Danubio. Cómplice
de sí misma y antes de tiempo dada
a los agudos filos de la muerte,
sólo el agua discurre
diversa entre contrarios y atestigua
que otro nuevo destierro reservó
la erosión de la historia
al refugio infeliz del desterrado.

(De *Descrédito del héroe*, 1977)

GUÁRDATE DE LETEO

Defenderé el recuerdo que me queda
de aquella calle inhóspita
detrás de la estación de Copenhague.
Defenderé contra mí mismo
ese recuerdo, cuando
gastado ya el valor de una experiencia
que la literatura prestigiara,
en frágiles nociones se estaciona
la prefiguración de un mundo torvo
que es del placer la copia menos nítida.

No volver ya sino reconstruir
de lejos, por inercia, el anhelante
derredor de la noche: los difusos
cuerpos estacionados
en la acera, la luz de las vitrinas
vibrando entre la bruma y el grasiento
vaho adherido a los zaguanes
donde la identidad del sexo se abolía.

Pero aquella emoción en parte desglosada
de una historia banal, actúa
como la remuneración de un vicio solitario
en la distancia: ese recuerdo que defenderé,

que me defenderá
contra la sordidez de la virtud.

(De *Descrédito del héroe*, 1977)

CRÓNICA DE INDIAS

No el caminante sino el emisario llegó una noche a la interina casa del extranjero. Aún no había concluido la estación de las lluvias y seguían desovando las iguanas y cuarteándose los perfumados preceptos del caobo. El emisario exhalaba un renuente vaho a tierra fronteriza y traía una mano mojada de ron de consagrar. De modo que el extranjero lo sentó a su mesa y escuchó palabras semejantes a derrumbes, palabras con boquetes por donde empezó a vaciarse el tiempo sobre los sumideros de la historia. Algo inaudible quedó, sin embargo, flotando entre ese metódico estupor que precede al barrunto sacerdotal de la pólvora. Y ya era otra vez de día cuando el emisario se dispuso a partir. De la negra túnica ritual le chorreaba una apremiante abreviatura de héroe sometido a la promulgación del otro memorial de agravios. El emisario recuperó por un momento un ademán de prócer hasta cierto punto irremediable y se despidió del extranjero como si lo enseñara a despedirse. Empezó a oler entonces a cerrazón selvática con la misma perseverante misericordia con que huele la piel de un animal enfermo. Nadie dijo más de lo que un perentorio destino había previamente intercalado entre el oratorio y el aula: nadie quiso en absoluto descifrar clave alguna en ese espacio vacío que va de un método pedagógico a una táctica

de guerrillas. El extranjero tampoco supo entonces deducir que ya no volvería nunca a ver en su casa de Bogotá a Camilo Torres.

(De *Descrédito del héroe*, 1977)

LA BOTELLA VACÍA SE PARECE A MI ALMA

Solícito el silencio se desliza por la mesa nocturna, rebasa el irrisorio contenido del vaso. No beberé ya más hasta tan tarde: otra vez soy el tiempo que me queda. Detrás de la penumbra yace un cuerpo desnudo y hay un chorro de música hedionda dilatando las burbujas del vidrio. Tan distante como mi juventud, pernocta entre los muebles el amorfo, el tenaz y oxidado material del deseo. Qué aviso más penúltimo amagando en las puertas, los grifos, las cortinas. Qué terror de repente de los timbres. La botella vacía se parece a mi alma.

(De *Laberinto de fortuna*, 1984)

SUPER FLUMINA BABYLONIS

Aquella impávida, bellísima harapienta que merodeaba por el mercado de Sanlúcar, tenía que ser sin duda la última portadora aborígen del talismán. Pues nunca podría ser aherrojada quien tan humildemente iba ofreciendo la irreductible magnificencia de su vida. Fermentaban despacio los zumos tórridos de las frutas y un dulce amago de miseria envolvía los ambulantes puestos de la plaza. Pero ella atravesaba incólume la densidad de los desperdicios: nada la hacía tan sobreviviente como el contacto con lo perecedero. Junto a la edénica antigüedad del gran río, era la más joven desterrada del mundo. Tenía la piel como superpuesta a las acongojantes marcas de la manumisa y llevaba en la boca el surco predatorio de quien naciera extramuros de la justicia. Parecía escapar hacia ninguna parte, como buscando esa otra forma de extravío que la conduciría al punto de partida. También junto al gran río, lloraba la harapienta por un perdido reino.

(De *Laberinto de fortuna*, 1984)

MEDBORGARPLATSEN

Dejaban los harapos encima de los bancos como a veces se dejan los consejos en el borde herrumbroso de la noche. Todos pertenecían a una tribu ya extinta de anónimos arcángeles y se iban reuniendo en la sólita plaza después de algún errático suplicatorio de inocencia. Allí habitaban juntos y pretéritos, amorfos y silentes, con sus medallas de mendigo colgándoles del sueño a manera de lágrimas y el hedor de los años repartido en maternales bolsas de papel. Todo el tiempo del mundo era de ellos y se lo intercambiaban a escondidas con decoro magnánimo. Ofrecían su vida a cambio de absolutamente nada, pues morir era sólo una indigencia algo más perdurable que las otras. Ni siquiera su sangre de hiperbóreos los hizo conciliarse con el subsidio ártico del frío. Mas no olvidaban nunca que aquellas dosis de alcohol ganado en justas lides, daban rango de gloria a su miseria. Y allí permanecían en situación de pródigos, mientras las horas como trapos caían despacito en los dulces rincones de la plaza. ¿Quién entre todos ellos creyó por un momento perdido el paraíso?

(De *Laberinto de fortuna*, 1984)

LIMA DE PIEDRA

Aposentada en un distrito cárdeno de la lluvia, no se movió siquiera cuando sintió en su cuerpo la araña combustible de un relámpago andino. Expelía un tibio olor animal y tenía algo de sacerdotisa purgando en las mazmorras de la noche un delito que nunca cometiera. A su lado yacían las totumas, las piedras, los exvotos que iba ofreciendo a nadie igual que si ofreciera una ignorancia laboriosamente adquirida. Impregnaba su rostro una tintura glandular y dinástica, como de coca y frailejón, de saliva de enferma y maíz fermentado. Era la arrodillada después de haber vivido genuflexa, la criatura más única que podía mirar a ningún sitio diciéndole al viandante: en su estado selvático la piedra es un jalón de fuego negro, mas después de haber sido mansamente limada le sale de lo hondo esa veta de sol ceremonial que sólo comparece en el borde limeño del océano. Y allí estaba el tesoro envileciéndose entre culturas residuales, tal vez incorporado para siempre a aquel mugriento cuero que alfombraba los charcos del terrizo. El viandante cogió entonces la piedra con una inmemorial misericordia, como si aún convaleciera de algún remoto síndrome de culpabilidad. Y ya la mano se encontró propiamente con la mano: una sacrílega permuta, una moneda a cambio del secreto solar de Coricancha.

(De *Laberinto de fortuna*, 1984)

CAPVESPRES A LLUCH-ALCARI

Esa fracción de vida que he perdido por ignorancia o negligencia, ¿podría haber supuesto la felicidad? Y ese libro en rigor nunca leído, ¿qué me ha negado? Derivan las sospechas hacia el turbio confín de la ensenada y busco el rumbo aquel tan libertario donde cada respuesta irradia un nuevo cerco de preguntas. Taciturna gestión de balizas que me avisan ya tarde del peligro: sólo podrá escapar quien logre ir acogiéndose a una platónica ignorancia. Al borde de la cala, por la mar de Deià, brota la flor versátil de la anfetamina. Qué palabra inhumana la palabra certeza: lo que aún desconozco constituye el único argumento de esta historia. Amaina la resaca igual que la demencia, mientras inútilmente me rehúye el falso instigador de la sabiduría tratando de impedir que lo desenmascare. Mi oficio es esta forma de imponerle al recuerdo una distinta ambigüedad, ese soberbio modo de hacer más seductora una experiencia que habrá quien considere deleznable: cuanto aquí dejo escrito legitima eso otro que nunca escribiré.

(De *Laberinto de fortuna*, 1984)

ACERCA DE UN DERRIBO

Aquella casa en que mi corazón
tuvo su sitio, tramitó
sus dispendios, sus fiebres, sus cansancios,

aquella casa donde todo estaba
temperado, juntado, disponible,
donde de pronto un día descubrí
el mundo y ya fue ése para siempre
el compendio simbólico del mundo,

aquella casa
de inconmensurable pasado,
es ya una innoble máquina de hormigón
y aluminio, una cruenta falacia municipal
que contra mi decoro
ha tramitado un sustituto del dios de los ejércitos.

Las mellas de los años serán mi represalia.

(De *Diario de Argónida*, 1997)

COTEJO DE FUENTES

La verdinegra tapia que ceñía
el jardín del prostíbulo, en parte decorado
de rótulos obscenos, todavía conserva
los mismos desconchones inclementes,
las mismas mordeduras de musgo y de salitre
que se veían cuando yo era joven
y me asomé a la vida por allí.

Teresa Lavinagre, vieja puta
que ya andaba de adolescente en sus comercios
por los desmontes de Matafalúa,
se hospedó andando el tiempo en esa casa
cuyos muros devora el desamparo,
antes de que el hipócrita de turno la expulsase
de la miseria libre de su reino.
Era una mujer hospitalaria y jubilosa,
dotada de una magnánima variedad
de benevolencias, y ahora se extingue
al borde de la playa, cerca
de ese antiguo burdel, igual que un bulto
devuelto por la marea.

Vida dilapidada,
corazón decrepito, qué hermosura

saber que nunca hizo absolutamente nada
para evitar su propio descalabro,

Dios mío.

(De *Diario de Argónida*, 1997)

MEMORIAL

Restauraron en su común historia
los desperdicios de la vida.

Un sabio y arrogante
culto a la transgresión, no ajeno
a la delicadeza de los gestos, los hizo
más insolentes y nocturnos, más ufanos también
de sus estratagemas combativas.

La clandestinidad, los quehaceres burgueses
enemistados con la militancia,
los dispendios étlicos, la dejación
de los legados familiares, perpetraron
el código sutil de una conducta sagazmente instalada
entre la petulancia y la solvencia.

*Usa la vida para envenenarte
mientras puedas, salta
a la parte contraria mientras puedas.*

Así llegaron a la madurez
con escaso remordimiento y abnegación ninguna,
dotados de una acumulativa provisión
de denuedos, cansancios, sucedáneos
presuntos de heroísmos.

Pero otra vez la historia fue una rémora
cultural: hicieron lo imposible
por seguir siendo oráculos, dioses
en un mísero reino de rufianes.

¿Quién entre todos ellos supo que alguna vez
sería promovido al rango de arquetipo?
¿Sólo quizá los que un día eligieron
irrevocablemente su propia destrucción?

Ni los supervivientes han llegado a saberlo.

(De *Diario de Argónida*, 1997)

La cifra de esos barcos es la mía.
Con ellos cada noche se va también mi alma.

(De *Diario de Argónida*, 1997)

A MODO DE RECOMPENSA

Oigo a veces, en sigilosas noches
otoñales, una oblicua graduación de bramidos
proveniente de Argónida.

Es como un rastro
agreste de hermosura y pavor, como una súbita
concentración de alimañas que bullen
en sus madrigueras y surcan cada día
los áureos aposentos litorales.

No sé a qué confidencias remiten esas voces
pero, juntas, atañen a mi vida.

Llegan
hasta el vértice neto de los sueños
y allí transmiten sus informaciones
a quien procede del insomnio y sabe
que siempre y sin remedio
oír hablar a la noche en medio de la noche.

(De *Diario de Argónida*, 1997)

MESTIZAJE

Reluce el mármol veteadado
entre la pomarrosa y el laurel
y algo como una suave gasa malva
deja sobre los mates barnices de la tarde
un voluptuoso amago de siesta femenina.

Una mujer de grandes ojos dulces
destaca entre los tórridos difuminos del patio
con un lánguido gesto de intimidada
por la inminencia de la fotografía.
Erguido junto a ella hay un niño
en cuyos tenues brazos zozobra una fragata
y a su lado una negra de pechos presurosos
sostiene una cesta de frutas
que parece ofrecer a algún oculto rondador.

Es utensilio extraño la memoria.
Evoco ahora lo que no he vivido:
una estirpe de nombres lentamente criollos
resonando en las ramas prenatales.
Ésa es la abuela Obdulia y ése es mi padre
y ésa es la casa familiar de Camagüey,
adonde yo llegué una tarde crédula
en busca de un ramal de mi autobiografía

y sólo hallé la cerrazón, el vestigio remoto
de un apellido apenas registrado
en las municipales actas de la infidelidad.

También yo estoy allí, huelo a melaza
rancia y a sudor de machetes,
oigo las pulsaciones grasientas del trapiche,
los encrespados filos de la zafra,
siento la floración de un mestizaje
que a mí también me alía con mi propio decoro.

Cuánto pasado hay
en esa omnipresente estampa familiar.
Mientras más envejezco más me queda de vida.

(Ingenio de La Ceiba Grande, 1892-1968)

(De Diario de Argónida, 1997)

SUMMA VITÆ

De todo lo que amé en días inconstantes
ya sólo van quedando
rastros,
 marañas,
 conjeturas,
pistas dudosas, vagas informaciones:
por ejemplo, la lluvia en la lucerna
de un cuarto triste de París,
la sombra rosa de los flamboyanes
engalanando a franjas la casa familiar de Camagüey,
aquellos taciturnos rastros de Babilonia
junto a los barrizales suntuosos del Éufrates,
un arcaico crepúsculo en las Islas Galápagos,
los prolijos fantasmas
de un memorable lupanar de Cádiz,
una mañana sin errores
ante la tumba de Ibn'Arabi en un suburbio de Damasco,
el cuerpo de Manuela tendido entre los juncos de Doñana,
aquel café de Bogotá
donde iba a menudo con amigos que han muerto,
la gimiente tirantez del velamen
en la bordada previa a aquel primer naufragio...

Cosas así de simples y soberbias.

Pero de todo eso

¿qué me importa
evocar, preservar después de tan volubles
comparencias del olvido?

Nada sino una sombra
cruzándose en la noche con mi sombra.

(De *Manual de infractores*, 2005)

LA CLAVE VENTUROSA DE LA VIDA

Recuerdo paso a paso aquel camino
de tierra oscurecida por la lluvia, con charcos
despiadados, alambradas hirsutas
en las lindes y unos chopos sin hojas
afligiendo al paisaje.

Un lugar anodino,
difuso, apenas predecible, y sin embargo
dotado de una nítida hermosura,
no por ningún expreso ornato natural
sino porque precisamente allí, hace ya tiempo,
percibí de improviso una presencia
parecida a la plenitud, ese raudo bosquejo
que irrumpe en la memoria y se incorpora
ya para siempre a los indubitables
rudimentos de la felicidad.

Sólo eso:
unos ojos pendientes de los míos,
y en ellos, descifrándose,
la clave venturosa de la vida.

(De *Manual de infractores*, 2005)

CAMPOS DE CASTILLA

Se deslustran los verdes al borde
de la bruma y un vapor errabundo
traspasa la arboleda y deja un rastro
de figuras inciertas, discontinuas,
en el declive cereal del frío.

Por las lindes fluviales se atenúa
el religioso rojo de los álamos,
y las piedras de legendarias pátinas
emergen de los secarrales
por donde hay sombras que se hacinan
al filo del crepúsculo
y un sedicente tránsito de aves
inocula al viajero sus antiguas
contradicciones y melancolías.

Ninguna tradición me asocia a este paisaje,
pero he roto sus sellos, lo he vivido
como si mutuamente nos reconociéramos,
como si al fin me hubiese reencontrado
no a la vida, al amor, cerca del Duero.

(De *Manual de infractores*, 2005)

PASIÓN DE CLANDESTINO

De aquellas arduas clandestinidades
tenazmente debidas
a causas nobles y amorosos lances,
sólo te queda un sedimento
entre feliz y melancólico, la sensación
de haber perdido algo inencontrable,
un decoro, una fe y algún temor:
eso que fue sin duda
el rango máspreciado de tu vida.

Vertiginosos días de lecciones
difíciles, de secretos quehaceres y nocturnidades,
de coartadas sensibles a la luz que te valieron
cárcel, exilio, represalias
y algo como un empecinado acopio de certezas
que afloró andando el tiempo en lastres varios.

De grado compartías encomiendas
que la pasión hacía más audaces,
aquella candorosa convicción
de estar fogosamente prestigiando
las noches, los sigilos, los empeños
heroicos, los prohibitivos usos del amor,
mientras la dignidad gestaba su literatura
y en dulces aficiones te acogías.

No has vivido emoción igual que aquélla.
Nada ha sido lo mismo desde entonces
y aún eres el recuerdo de ese hermoso
oficio pasional de clandestino.

Nunca fue en vano tan magnánimo
aprendizaje de la vida.
La historia de después te importa menos.

(De *Manual de infractores*, 2005)

TERROR PREVENTIVO

Ventana borrascosa abierta al borde
de las ruinas,
ven y asómate, hermano,
¿no ves en esa trama
preconcebida de la iniquidad
como un tajo feroz mutilando el futuro?

Y allí mismo, detrás de la estrategia
irrevocable del terror, ¿no escuchas
el sanguinario paso de la secta,
la marca repulsiva
del investido de poderes,
sus rapiñas, sus mañas, sus patrañas?

Atroz historia venidera,
¿en qué manos estamos, cuántas trampas
tendrá que urdir la vida para seguir viviendo?

(De *Manual de infractores*, 2005)

VIAJERO DE PASO

En las habitaciones de los broncos, obtusos
hoteles estivales
hay siempre un remanente de amenazas
enmascarado entre los utensilios
de la noche.

Implacables
ocurren los ruidos por dentro de los muros:
unos pasos erráticos que atruenan
en los techos tan fúnebres,
una voz de guarida trabada en el armario,
un estruendo de aguas desplomándose
por las acongojantes cañerías,
mientras
la oscuridad imprime
como un brillo de tea en la almohada.

¿Con qué sombras pernocto, quién
me defenderá de esos intrusos
que transfieren su inquina al hospedado?

Más que nunca la vida
se vuelve aquí provisional y huraña.

(De *Manual de infractores*, 2005)

TIEMPO DE LOS ANTÍDOTOS

La edad me ha ido dejando
sin venenos, malgasté en mala hora
esa fortuna,
¿qué más puedo perder?

Llega el tiempo ruin de los antídotos.
Materia devaluada, la aventura
disiente de ella misma y se aminora.

Ya sólo quedan rastros de peligros,
una zona prohibida apenas frecuentada,
la pauta exigua de lo inconfesable,
cierto amago fugaz de furia y desacato.

La osadía de bordes delictivos,
los deseos gastados
en los bruscos dispendios de la infidelidad,
la virtud y su inercia depravada,
el amor consumiéndose
como un licor impuro, la excitante
trastienda de la noche,
¿qué se hicieron?

Los años, ay de mí, me han desmentido.

(De *La noche no tiene paredes*, 2009)

VIVIR MIRÁNDOTE

En tus ojos un mapa vaticina
el futuro,
 bajíos, gozos altos, hondas
grietas, un lodazal, Dios mío,
de espantosa voráGINE
 y aquella
puerta abierta para entrar
donde estaba esperando
el cuerpo más desnudo de la noche.

Una ventana al tiempo son tus ojos,
me hablan siempre de ti y me restituyen
de todo lo pasado antes de que pasara.

¿Qué habría sido de mí sin esas donaciones
consoladoras de tus ojos? ¿Cómo
habría yo podido sustraerme
a la evidencia de saber que he vivido
porque estaba mirándote?

(De *La noche no tiene paredes*, 2009)

DESAPRENDIZAJE

El ruido del hielo contra el cristal
del vaso reproduce una flagrante
continuidad de indicios
taciturnos, de recuerdos
que los días han ido malgastando
entre remisas decepciones.

¿Qué zona
es la más vana, más baldía
de todas las que ocupan los espacios
nocturnos del no tiempo?

Entrechoca la vida
como el hielo en el vaso y allí mismo
perdura entre los interludios
de la claudicación, ni siquiera muy bronco,
el eco funeral de la memoria.

¡Cuánto he desaprendido desde entonces!

(De *La noche no tiene paredes*, 2009)

VÍA DE SUFÍ

En la azulada Esmirna fui gaviero en nave irrelevante
y vendedor de gemas en el zoco de Izmábula
y copista de textos persas para la biblioteca del emir de
Córdoba.

Me ocupé en otros muchos quehaceres interinos
hasta que entré a servir a Juan Cantacuceno,
ejerciendo de instructor de conscriptos en el saco de
Pérgamo.

Pero lo único que verdaderamente hice fue viajar en secreto
hasta Damasco,
sorteando innúmeros escollos, la vida en vilo cada día,
en busca de un anciano de sabiduría irrestricta que luego
habría de ser reverenciado en Al-Ándalus.

He atravesado la densa estopa circular de los siglos
y he llegado incólume a los palacios fastuosos de Medinat
al-Zahra,
donde cada atardecer recito un poema que no he leído
nunca,
pero que me transmitió desde su cueva de eremita en el
desierto de Tahmur
aquel maestro venerable cuya enseñanza es todo lo que mi
alma ha llegado a saber.

Por siempre sea loado quien así quiso infundirme
el don heroico de poder franquear las puertas esotéricas
y gozar finalmente de ese mirífico entendimiento que va más
allá de toda realidad.

(De *La noche no tiene paredes*, 2009)

EL JUSTO

Aquel que edificó su casa
con nobles piedras y a su abrigo
vivió decentemente
sin mandar ni ser mandado,

aquel que obedeció los estatutos
de la naturaleza y así pudo
igualar con la vida el pensamiento,

aquel que compartió los venerables
ordenamientos de la soledad,

ése no podrá nunca ser vencido
porque nunca tampoco
usará contra nadie su poder.

(De *La noche no tiene paredes*, 2009)

DE DONDE NO SE VUELVE

No volveré ya nunca a Alepo, allí
donde florece cada día una bifurcación
inextinguible de mi historia
familiar, aquella travesía
de un linaje de mercaderes
por rutas perentorias, férvidas
trazas de un destino propicio donde
la incitación del Éufrates glorioso
se asociaba sin tregua y sin remedio
al arcaico esplendor del mar de Cádiz.

Ya no iré nunca a Alepo porque nunca
tampoco podré volver de allí.

Triunfante siempre frente a sus codiciosos
sitiadores, aún conserva entre las venerables
piedras de la ciudadela y el sapiente
cercado ajeno del *caravansary*
el gran secreto de las reclusiones
gozosas, esa enigmática fascinación
que le impide al viajero emprender el retorno.

Nadie que llegue a Alepo
después de haber vivido donde yo viví,
podrá escapar ya nunca de esa seducción.

(Halab)

(De La noche no tiene paredes, 2009)

SOMBRAS LE AVISARON

La sombra que se hacina en el tugurio
y embadurna los ojos de turbulencia tanta,
es muy distinta a la que se desploma
como un caballo extenuado
en mitad de la calle.

Tampoco se parece
a la que repta por la habitación
mientras la voluntad se va apagando
como un rescoldo que la lluvia lame
o como el detrimento de la luz
entre las angosturas de un granero.

Sombras dispares
que el tiempo reconcilia a duras penas,
pero que juntas van contribuyendo
a ejercer de benévolos augurios
de esas noches gozosas que te quedan de vida.

(De *La noche no tiene paredes*, 2009)

[FRAGMENTO DE UN LIBRO INÉDITO]

[...]

feliz aquel que llega ya de noche al yacimiento de las alegorías
y encuentra un remanente del secreto un rastro ni siquiera entendible
de algo no desvelado no documentado nunca antes
un fulgurante injerto textual la prodigiosa irradiación de la contrapalabra
esa que ocupa la general agencia de los abecedarios las nomenclaturas
y va desalojando de su órbita las innecesidades de la vida

¿eres acaso el mismo que creyó en las potestades de esa contrapalabra
esa pura acepción de las sucintas contradicciones en los términos
la equidistancia terminal entre lo consumado y lo inconcluso
entre lo no pensado y lo que el pensamiento no alcanza a descifrar?

y dónde estabas tú mientras las músicas terribles trastocaban
los estatutos del deseo absorbían la sed la soledad el desconsuelo
abriendo de repente un hueco paredaño con los negros calambres sensoriales
la desmesura del quejido de no se sabe qué voraces indómitas querencias
mientras un desamor a fuego lento iba cubriendo propiamente de arañazos
los anhelantes belicosos cuerpos que en el voluble sur yacían
justo allí donde su oscuridad su luz son bellezas iguales
ya cuando los vaniloquios impedían los trabajos de la veracidad
y los abanderados de los gritos se iban descomponiendo como enjambres
por ese descampado en que la vida le disputa sus bazas a la muerte

¡ah oscuridad mi luz! no desalojes nunca de tu hermético asilo
ese abrupto tesón por conocer lo no testimoniado sino en falso
lo que un día llegará a convertirse en claridad sin derogar la sombra
lo que en lo oscuro prevalecerá como la quintaesencia de la iluminación
hasta que al fin puedan ser abolidas todas las locuciones preexistentes
y el execrable cónsul de la fecundidad ingrese en los agónicos precintos
donde ya el visionario se conjura contra el negro fulgor de las palabras

[...]

NOTA BIOGRÁFICA

José Manuel Caballero Bonald (Jerez de la Frontera, 1926) fue profesor de Literatura Española en la Universidad Nacional de Colombia y en el Bryn Mawr College, Estados Unidos. Trabajó en el Seminario de Lexicografía de la Real Academia Española. Ha obtenido los premios Nacional de la Crítica, Andalucía de las Letras (1994), Reina Sofía de Poesía Iberoamericana (2004), Nacional de las Letras (2005), Nacional de Poesía (2006) y Ciudad de Granada Federico García Lorca (2009). Su obra poética está recogida en *Somos el tiempo que nos queda* (2004 y 2007). Posteriormente ha publicado el libro de poemas *La noche no tiene paredes* (2009). Es autor de las novelas *Dos días de setiembre* (1962), *Ágata ojo de gato* (1974), *Toda la noche se oyeron pasar pájaros* (1981), *En la casa del padre* (1988) y *Campo de Agramante* (1992). También es autor de dos volúmenes de memorias: *Tiempo de guerras perdidas* (1995) y *La costumbre de vivir* (2001).